

SERIE PECADOS IV



Rey de la
DESIDIA



ANA HUANG

CROSS
BOOKS

SERIE PECADOS



Rey de la
DESIDIA

ANA HUANG

1

Sloane



Colarme en una villa griega que cuesta diez mil dólares la noche no formaba parte de mi plan para el día de hoy. Sin embargo, los planes cambian y la gente claudica; sobre todo, cuando una tiene clientes que le dificultan la vida tanto como sea posible.

Me raspé las rodillas con el cemento mientras me arrastraba para subir al borde de la terraza y, a continuación, a la barandilla. Como me cargara aquel vestido Stella Alonso nuevo de trinca por esto, lo mataría, lo haría resucitar para que limpiara este fregado y lo mataría otra vez.

Tuve la suerte de aterrizar en la terraza sin incidente alguno y volví a calzarme los tacones que había tirado antes. Los fuertes latidos de mi corazón me acompañaron hasta la puerta corredera de cristal, donde pasé por el lector de tarjetas la llave maestra que había cogido «prestada» de una de las empleadas.

Habría ido por la puerta principal, pero sería exponerme demasiado. La terraza trasera fue mi única opción.

El lector de tarjetas emitió un ruidito y, durante un único y aterrador segundo, pensé que no se abriría. No obstante, la luz se puso de color verde y me di el gusto de respirar aliviada antes de apretar la mandíbula de nuevo.

Colarme ahí había sido lo fácil. Llevármelo para que estuviera en otro país antes de que se pusiera el sol ya era algo totalmente distinto.

Pasé rápidamente por la cocina, atravesé el salón y me planté en la *suite* principal. Cuando vi las botellas de cerveza vacías amontonadas en la encimera de la cocina, hice una mueca y tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para evitar reciclarlas, desinfectar el mármol y rociar el espacio con ambientador.

«Céntrate». Me estaba jugando mi reputación, tanto a nivel profesional como a nivel personal.

Si el interior de la villa era un lugar silencioso y fresco, a pesar de que el sol de primera hora de la tarde diera de pleno en las ventanas, la habitación aún lo era más.

Tal vez por eso, cuando me acerqué a la cama y derramé bruscamente un bol de agua helada encima de quien estaba ahí durmiendo, me sobresalté con la rapidez de su respuesta y solté un grito ahogado.

Una mano fuerte me agarró la muñeca. El bol, ahora vacío, cayó al suelo y el cuarto se puso del revés cuando él tiró de mí, se me colocó encima y me inmovilizó contra la cama antes de que se me escapara un grito ahogado.

Xavier Castillo se me quedó mirando fijamente con la frente de su hermosa cara arrugada.

El unigénito del hombre más rico de toda Colombia y mi cliente menos cooperativo era, de normal, una persona despreocupada. No obstante, la forma en la que estaba ejerciéndome presión en el cuello con el antebrazo o aquellos más de ochenta kilos de puro músculo que me tenían atrapada debajo de él no tenían nada de despreocupado.

Dejó de fruncir el ceño. Se le dibujó una expresión de enfado en el rostro, seguida por otra distinta al reconocerme y, a continuación, atisbé una pizca de terror.

—¿Sloane?

—Así me llamo, sí. —Levanté la barbilla tratando de desviar la atención de la calidez que emanaba su cuerpo en comparación con lo empapado que estaba el colchón bajo mi espalda—. Y ahora, si pudieras soltarme de inmediato, te lo agradecería. Me estás estropeando un vestido de setecientos dólares.

—*Mierda*.¹ —Soltó ese taco en español y dejó de apretarme el cuello para que pudiese levantarme—. ¿Qué diablos haces aquí?

—Mi trabajo. —Lo aparté de mí y me puse de pie. ¿Era cosa mía o hacía muchísimo más frío que hacía cinco minutos?—. Estamos a doce. Ya sabes dónde deberías estar, y no es aquí. —Lo fulminé con la mirada, retándolo a que me llevase la contraria.

—Pensaba que eras un intruso. Te podría haber hecho daño. —Ahora que ya habíamos aclarado que no había venido a robar nada ni a secuestrarlo, una sonrisa burlona que me resultaba familiar sustituyó su arrugada frente. Xavier volvió a tumbarse en la cama; era la pura definición de la indiferencia—. Aunque, técnicamente, sí que eres una intrusa, pero una preciosa. Si querías meterte en la cama conmigo, solo tenías que decírmelo; no hacía falta que te tomaras tantas molestias. —Desvió la vista hacia el bol que seguía en el suelo y arqueó una ceja—. Además, ¿cómo has entrado?

—He robado una llave maestra. Y no intentes distraerme. —Después de tres años trabajando con Xavier, ya estaba acostumbrada a sus tejemanejes—. Es la una del mediodía. El *jet* nos está esperando en el aeropuerto. Si nos vamos

1. *N. de la T.*: Las frases en cursiva aparecen en español en la obra original.

en media hora como mucho, aún llegaremos a Londres a tiempo para prepararnos para la gala de esta noche.

—Un plan genial. —Estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó—. Solo hay un problema: que yo no voy.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos antes de recomponerme. «Respira. Recuerda: matar a un cliente se considera poco profesional».

—Vas a salir de la cama —le dije con un tono de voz lo suficientemente frío como para helar las gotitas de agua que aún le bañaban la piel—, vas a subirte a ese *jet*, vas a ir a la gala con una sonrisa en los labios y te vas a quedar hasta que termine el acontecimiento como el buen representante de la familia Castillo que eres, porque como no lo hagas, me aseguraré de que no vuelvas a tener un segundo de paz en tu vida. Arruinaré todas las fiestas a las que vayas, avisaré a cualquier mujer que sea lo bastante estúpida como para orbitar a tu alrededor e impediré que todos aquellos amigos que saquen a relucir tus peores impulsos vengan a mis eventos. Puedo hacer que tu vida se vuelva un verdadero infierno, así que no me conviertas en tu enemiga.

Xavier bostezó de nuevo.

Desde que su padre me contrató hacía tres años, justo antes de que Xavier se mudara de Los Ángeles a Nueva York, esta había sido nuestra dinámica. Pero yo ya estaba harta de ir de buena con él.

—O sea, que tú eres mi nueva publicista.

Xavier se repanchingó en la silla y puso los pies encima del escritorio. Tenía la tez morena y una resplandeciente dentadura blanca. Los ojos le centellearon con picardía y se me erizó la piel.

Hacía solo diez segundos que acababa de conocer a mi cliente más lucrativo y ya lo odiaba.

—Quita los pies de mi escritorio y siéntate como un adulto.

—Me importaba un bledo que Alberto Castillo me pagara el triple

de lo que solía cobrar para que tuviese a su hijo controlado. A mí nadie me faltaba al respeto en mi propia oficina—. Como no lo hagas, puedes coger la puerta e irte, y le explicas a tu padre por qué tu publicista se ha deshecho de ti el primer día. Supongo que eso tendría un efecto negativo en tu liquidez.

—Ah, conque eres una de esas —me espetó, a pesar de que se le tensó la sonrisa cuando me oyó mencionar a su padre—. De las que siguen las normas al pie de la letra. Vale. Deberías haberte presentado así en lugar de decirme tu nombre.

Agarré mi boli favorito con tanta fuerza que incluso crujió.

No era supersticiosa, pero hasta yo pude ver que eso no auguraba nada bueno para el futuro de nuestra relación.

Y no me había equivocado.

Había ciertas cosas que le pasaba por alto porque los Castillo eran mis mejores clientes, pero mi trabajo consistía en mantener la reputación familiar impoluta, no en besarle el culo a su sucesor.

Xavier era mayorcito. Ya era hora de que actuara como un adulto.

—Menuda amenaza —respondió arrastrando las palabras—. ¿Todas las fiestas y a todas las mujeres? Debo de gustarte mucho.

Se escurrió de la cama con la perezosa elegancia de una pantera que se acaba de despertar. Llevaba unos pantalones de chándal que le quedaban justo por debajo de la cadera y revelaban su dorada piel morena y un corte en forma de V que una no esperaría verle a alguien que se pasaba casi todos los días de fiesta y durmiendo. Unos tatuajes le serpenteaban por el pecho y los hombros, que llevaba al descubierto, y le bajaban por los brazos en unos elaborados patrones.

Si fuera cualquier otra persona, habría admirado aquella genuina belleza masculina, pero estábamos hablando de Xavier Castillo. El día en que admirara algo de él que no fuera

su compromiso a actuar sin compromisos sería el día en el que podría volver a llorar.

—No te preocupes, Luna —dijo respondiendo a mi escrutinio con una leve sonrisa—. No les diré a los demás clientes que soy tu favorito.

A veces me llamaba por mi nombre real; otras, Luna. No era ni mi apodo ni mi segundo nombre, ni tampoco se asemejaba en nada a Sloane, pero Xavier seguía negándose a decirme por qué me llamaba así y yo ya hacía tiempo que no le había vuelto a insistir en que parara o me explicara por qué lo hacía.

—Sé serio por una vez en tu vida —le ordené—. Este acontecimiento es en honor a tu padre.

—Razón de más para no ir. Total, mi viejo no estará ahí para aceptar el premio. —Siguió sonriendo, pero en su mirada destelleó una pizca de contingencia—. Se está muriendo, ¿recuerdas?

Aquellas palabras colisionaron entre nosotros y succionaron todo el oxígeno de la sala mientras Xavier y yo nos quedábamos mirándonos. En contraste con mi creciente frustración, su imperturbable calma era firme como una roca.

Que los Castillo tenían una relación padre-hijo complicada ya se sabía, pero Alberto Castillo me había contratado para que mantuviese su buen nombre, no para que gestionase sus problemas personales. Al menos, hasta que lo que ocurriese de puertas para dentro se filtrara y acabase siendo de dominio público.

—La gente ya te ve como un mocoso que tira del dinero de la familia y que no sirve para nada porque eludiste tus responsabilidades cuando le dieron el diagnóstico a tu padre —señalé sin pelos en la lengua—. Como te saltes otro evento donde lo homenajean como Filántropo del Año, los medios de comunicación se te comerán vivo.

—Ya lo hacen. Y ¿homenajearlo? —Xavier arqueó las cejas—. El hombre firma un cheque de un par de millones al año y no solo queda exento de impuestos, sino que también lo colman de halagos por filántropo. Tanto tú como yo sabemos que ese premio no vale una mierda. Pueden dárselo a cualquiera que tenga una cartera sin fondo. Además... —Se apoyó en la pared y se cruzó de brazos—. Miconos mola muchísimo más que otra aburrida gala. Deberías quedarte. El aire del océano te sentará bien.

«*Mecagiien...*». Reconocía ese tono de voz. Era aquel que venía a decir: «Puedes amenazarme a punta de pistola, pero yo seguiré sin ceder porque así te cabrearás». Lo había oído tantísimas veces que había perdido la cuenta.

Hice un rápido cálculo mental.

No había llegado donde estaba a nivel profesional librando batallas perdidas. Necesitaba estar en Londres por la noche y el intervalo de tiempo que teníamos para coger el vuelo se estaba acortando cada vez más. Perderme aquel *rendez-vous* no era una opción; ahora bien, si Xavier se quedaba en Grecia, mi trabajo implicaba que yo también me quedase y lo vigilara.

Como no tenía tiempo para conseguir que se sintiera culpable ni para amenazarlo o convencerlo de que hiciera lo que yo quería como solía hacer, no tuve otro remedio que tirar por la única alternativa que me quedaba.

Llegar a un acuerdo.

Me crucé de brazos, imitando su postura.

—Suelta.

Él arqueó un poco más las cejas.

—¿Cuál es tu condición? —le pregunté—. Dime qué quieres a cambio de ir a la ceremonia de entrega de premios. Cualquier cosa relacionada con sexo, drogas o actividades ilegales queda descartada. Dejando eso a un lado, estoy dispuesta a negociar.

Entrecerró la vista. No se esperaba que fuera a ceder tan fácilmente y, de no ser porque necesitaba que Xavier estuviera en Londres antes de las ocho de la tarde, no lo habría hecho. Aun así, yo no podía faltar a mi cita, así que tendría que negociar con el diablo.

—Vale. —Dibujó su típica sonrisa y le salieron un par de hoyuelos en las mejillas, a pesar de la desconfianza que se le advertía en el rostro—. Ya que has sido tan directa, yo también lo seré. Quiero unas vacaciones.

—Ya estás de vacaciones.

—Para mí no. Para ti. —Se apartó de la pared con un impulso y atravesó la habitación con unos pasos lánguidos aunque deliberados antes de detenerse a pocos centímetros de mí—. Iré a la gala si me prometes que luego vendrás conmigo de vacaciones. Tres semanas en España. Nada de trabajo; solo diversión.

Aquella petición me pareció tan fuera de contexto que tardé un poco en asimilar lo que acababa de decirme.

—¿Quieres que me tome ¡tres semanas! de fiesta?

—Sí.

—Se te ha ido la olla.

Desde que abrí RR. PP. Kensington, mi empresa chic de relaciones públicas, hacía seis años, solo me había tomado dos días libres. El primero fue para asistir al funeral de mi abuela. El segundo, porque me hospitalizaron por neumonía (es lo que tiene perseguir a los *paparazzi* en pleno invierno). E incluso entonces seguí al pie del cañón respondiendo correos electrónicos desde el móvil.

Era una cuestión de trabajo. Y el trabajo me definía. Pensar en dejarlo, aunque fuera un minuto, hizo que se me revolvieran las tripas.

—Esa es mi condición. —Xavier se encogió de hombros—. La tomas o la dejas.

—Olvídate. Ni de broma.

—Muy bien. —Eché a andar hacia la cama de nuevo—. En este caso, vuelvo a dormir. Tú haz lo que quieras: quédate o vuelve a casa. A mí me da igual.

Apreté los dientes.

Menudo cabrón. Xavier sabía que no volvería a casa y lo dejaría ahí para que sembrara el caos en mi ausencia. Con la suerte que tenía yo, el tío organizaría una orgía pública en la playa esta misma noche solo para que la gente hablara de su vida privada y así asegurarse de que en su casa supieran que no había asistido a la gala, donde debería haber estado.

Miré el reloj de la pared. Teníamos que irnos en quince minutos si queríamos llegar a dicho acontecimiento a tiempo.

De no ser porque tenía una cita a las ocho de la tarde en Londres, a lo mejor me habría arriesgado con el farol que se acababa de marcar Xavier, pero...

Leches.

—Puedo irme dos días —cedí.

Tampoco me moriría por parar un fin de semana, ¿no?

—Dos semanas.

—Una.

—Hecho.

Sus hoyuelos volvieron a cegarme y ahí me di cuenta de que Xavier acababa de jugármela. Había empezado con una apuesta alta de buenas a primeras para que yo fuera regateándole hasta coincidir con su plan inicial.

Por desgracia, ya era demasiado tarde para arrepentirme. Cuando me tendió la mano, no tuve más remedio que darle la mía y fijar el espacio de tiempo que yo misma había propuesto.

Eso era lo peor de Xavier. Era listo, pero siempre utilizaba su inteligencia para lo peor.

—No me mires como si hubiese matado a tu pez —dijo—, que te voy a llevar de vacaciones. Nos lo vamos a pasar bien. Confía en mí.

Lo observé con una gélida mirada y a él se le ensanchó la sonrisa.

Una semana en España con una de mis personas menos favoritas del mundo. ¿Qué podía salir mal?